



ALFONSO SASTRE

△▽

2. El «social-realismo»: un arte de urgencia

En las anteriores «Once notas sobre el arte y su función» postulo la creación de un «arte de urgencia». Añado ahora que este «arte de urgencia» no es un simple anhelo: es ya un hecho fecundo. A este hecho, y lo he llamado en otra ocasión «social-realismo». Recojo ahora formulaciones ya expuestas en otras ocasiones³ y que adquieren todo su sentido enmarcadas en el cuadro de las «*Once notas*»; en las que, por otra parte, también he recogido la sustancia -y en algunas incluso la letra- de mis ya casi antiguas reflexiones sobre el tema.

(Al presente texto, sigue otro, el tercero y último, en el que trataré de apuntar a una filosofía de la Historia del Arte contemporáneo).

1. El «social-realismo» no es una fórmula para el arte y la literatura de nuestro tiempo, ni un imperativo que solicite de los escritores y artistas un determinado estilo o línea de trabajo. Ha podido ser esto, pero, además, es ya el nombre de lo que está pasando. Este término significa el diagnóstico del más importante material literario y artístico con que cuenta nuestra época. La historia del arte y de la literatura contemporánea estudiará seguramente bajo el epígrafe «social-realismo» un abundante material novelístico, dramático, poético, plástico y cinematográfico. El social-realismo agrupa fenómenos como

el «realismo social» de la pintura y el cine mejicanos, el «realismo-socialista» del arte y la literatura cristianos de la Europa occidental, el «neorrealismo» y las tendencias afines⁴ y, en fin, gran parte de la literatura que se llamó «existencialista» y que surgió de las grandes convulsiones sociales de la última guerra. La formulación «social-realismo» significa la toma de conciencia del principal signo literario de nuestro tiempo, que está produciendo -sin demora y por encima de todas las coacciones- de arte de urgencia que preconizo en las anteriores «Once notas». Junto a este arte se está produciendo sin duda otro que va cumpliendo dignamente distintas funciones espirituales, sin apelaciones urgentes a la sociedad en que se produce.

2. El «social-realismo», en sus formas fecundas, funciona sobre el supuesto de la independencia -o libertad- del escritor y el artista, capaces de elegir, en último caso, su adhesión a determinada forma social-política o religiosa (Marxismo, Cristianismo...), e, incluso, su disciplinado enrolamiento en los organismos que tratan de realizar esas formas de sociedad (Partido Comunista, Iglesia Católica...).

3. Pero otro supuesto del «social-realismo» es la superación de la concepción liberal del arte, según la cual el arte es una categoría suprema. El artista considera, en esta concepción, como primeros y últimos problemas, los que plantea el arte en cuanto tal, es decir, los problemas formales del arte. El artista, en esa concepción se considera libre e irresponsable. Se considera, en cierto modo, segregado del cuerpo social y habitante de un plano espiritual superior, en el que queda instalado por el cultivo de unos valores que considera intemporales: valores literarios, poéticos, dramáticos, plásticos y musicales. Esta concepción llevó a la «poesía pura», al teatro de arte, a la pintura abstracta y a la estética musical de Strawinsky. El liberalismo artístico ha desembocado en la anarquía que hay en la raíz de los «ismos» que florecieron en el tiempo de entreguerras. El arte se convirtió en asocial, desintegrador, impopular. Pero frente al arte de los «ismos» se alzaba ya la bandera de un arte social: integrador.

4. Al decir «social-realismo» quedan enunciados: (1) la categoría del tema; (2) la índole de la intención del artista; (3) el modo de tratamiento artístico.

5. La categoría del tema es una piedra fundamental del arte y la literatura de todos los tiempos. El «social-realismo» apunta a los grandes temas de un tiempo en que lo social se ha erigido en categoría suprema de la preocupación humana. Al interés por los casos que podríamos llamar «clínicos», por la perturbación o la exaltación de la persona humana en cuanto individuo - artísticamente semi-extraído del gran cuerpo social- sucede una consideración más profunda de la persona humana como relación, como formando parte del orden o el caos social, con toda la problemática que esta consideración arrastra en esta época señalada por los pensadores políticos como una época de subversión. Quedan así replanteados, de un modo original y purificador, los grandes temas de la libertad, la responsabilidad, la culpabilidad, el arrepentimiento y la salvación. La operación artística, que ha consistido tantas veces en segregar un caso, aislarlo o, por lo menos, debilitar sus relaciones sociales, para llamarnos la atención sobre él, consiste ahora, especialmente, en una consideración de esas relaciones.

6. La índole de la intención del artista caracteriza también el arte y la literatura «social-realistas». El escritor y el artista consideran que su obra repercute en el cuerpo social y es capaz, por tanto, de contribuir a su degeneración, o a su revolución purificadora. La intención del artista, entonces, es trascendente al efecto puramente «artístico» de su obra. Se siente justificado, no por la perfección de la obra artística en sí, sino por la purificación social a la que la obra sirve. El cultivo de unos valores artísticos con independencia de las experiencias sociales le parece punible y trasnochado.

7. El modo de tratamiento artístico quiere estar indicado en el término «realismo», que señala además para el escritor o el artista la condición de testigo de la realidad. Como «modo de tratamiento artístico» el término «realismo» es amplio, casi hasta la vaguedad: son muchas y muy diferentes las formas del «realismo». La forma en que suelen presentarse el arte y la literatura «social-realistas» es una especie de naturalismo profundo. Este

naturalismo profundo ha parecido hasta ahora una de las formas artísticas más adecuadas para promover en el seno de la sociedad un ánimo propicio a la realización de formas urgentes y justicieras; pero a la altura de nuestro tiempo es preciso encontrar nuevas formas⁵.

8. La «emoción estética» provocada por el arte y la literatura «social-realistas» posee un grave núcleo ético que, rompiendo, permanece en el espíritu del espectador cuando lo puramente estético se desvanece. Este núcleo se proyecta, purificador, socialmente. El escritor y el artista lo saben y trabajan con plena conciencia de este supuesto: el de la proyección «política» de su obra.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario